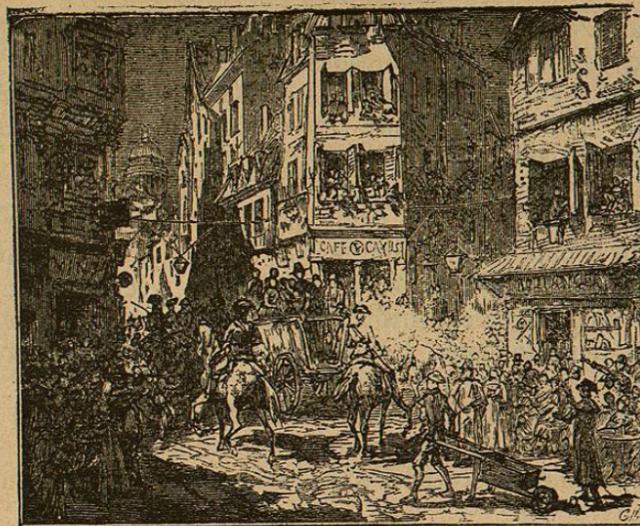
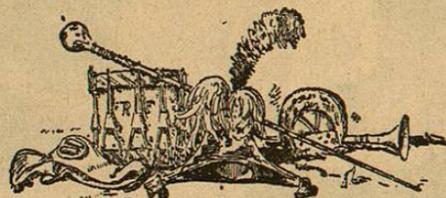


de un prisionero condenado por deudas.» Aun, pues, era peor la situación de la Asamblea el 2 de Junio.

Sin embargo, se cometió después el error en dejar en las plazas las estatuas de David. Este no era hombre de concepciones colosales como convenía á los grandes acontecimientos que debía representar. Sus estatuas, á pesar de sus enormes dimensiones, no son por esto menos frías, seca y desabridamente clásicas.

Su mole recibe las primeras brisas frías del otoño. Tomaron aspecto espantoso bajo este clima antipático, frío, lluvioso.

Mostrar así la estatua de la Libertad, á los pies del patíbulo, era un crimen en realidad, un crimen contrarrevolucionario. La muchedumbre le tomó rabia á la estatua. Parecía una fiera devorando hombres. Aquella imagen feucha, salpicada de barro, estaba muy lejos de representar lo que llevaban en su corazón nuestros padres. Mientras florecía joven, espléndida, invencible en Wattignies, Dunkerque y Fleurus, aquí, horriblemente fea, espantaba las miradas.



## LIBRO X

### CAPITULO PRIMERO

#### *La constitución del gobierno Carnot (Agosto 93)*

Los anglo-austriacos marchan juntos sobre París (3-10 Agosto 93).—Carnot en el comité de Salud pública (14 Agosto).—Oposición de Robespierre.—Este acusa de traidor al comité.

La guerra de la coalición cambió de carácter, y más amenazaba ser una venganza del fanatismo que una guerra política.

Los emigrados mostraban la torre del Temple y decían: «La Revolución es impotente, retrocede. Hace ya tres meses que trabaja estérilmente para la creación de un buen gobierno. Avanzad—decían á los aliados. Ahora ó nunca.»

Los emigrados tenían probabilidades de vencer, es decir, de matar la patria, para su eterna deshonra. Mr. de Maitre les ha dicho: «Desgraciados, felicitaos de haber sido batidos por la Convención. ¿Hubieráis transigido con una Francia destruida, disgregada?»

Valenciennes, que se había librado sola del enemigo, se convirtió en hoguera después del fanatismo. Los traidores que abrían las puertas de la villa quisieron matar á nuestros representantes, valiéndose del pueblo; los emigrados tenían igual intento y los acechaban cuando salían de la población. La población estaba infestada de curas, frailes y monjas.

Todo este extraño contingente llenaba, las iglesias donde continua-

mente se cantaba el *Salvum fac Imperatorem*. Las mujeres lloraban de alegría y agradecían tantas mercedes al Señor.

El 3 de Agosto se celebra consejo. York cedió. No podía luchar contra tantos enemigos. Metiose las instrucciones en el bolsillo y se unió á los austriacos.

Este buen hombre era hermano del rey de Inglaterra. Tenía seis pies de estatura, era bravo y débil de carácter, al mismo tiempo. Su pasión por la bebida no tenía límites. El oro inglés que entraba á capazos ponía el colmo al entusiasmo. Oíase decir frecuentemente: «Este buen duque de York es el único capaz de salvar al reino en peligro.» York acabó diciendo como los demás: «*Or now, or never*: Ahora ó nunca.»

La masa enorme de ingleses y austriacos rueda hacia el Mediodía. Detrás vienen los holandeses. En la vanguardia evoluciona coruscante y furiosa la caballería, compuesta de emigrados que quieren tomar al asalto la Convención.

Se cree que el torrente puede detenerse en Cambrai, pero continua hasta San Quintín. Evacuamos la Fere y nada queda ya entre el enemigo y París. El ejército del Norte, compuesto de 40 ó 50.000 hombres menos de lo que se suponía, por medio de una sagaz maniobra pudo evadir el choque con el enemigo que hubiera sido su destrucción.

¿Resistiría la Francia?

El comité de Salud pública había retrocedido ante la terrible palabra *gobierno* pronunciada por Danton. Todo lo rechazó. No quiso la dictadura ni el estado legal de la responsabilidad republicana.

¿Dónde estaba esta responsabilidad? En todo y en nada. Los ministros la declinaban. Los representantes que estaban entonces en el desempeño de misiones no podían aceptarla. Todo el mundo, pues, pronunciaba una palabra que era una grande equivocación. «Solo la Convención es la que gobierna.»

¿Qué hacer? Destruir esta fatal visión y crear un gobierno provisional. Este gobierno, bajo los ataques de la prensa hebertista, no hubiera durado más que dos días.

La Convención decretó el 24 de Junio que una vez aceptada la Constitución por los departamentos se fijaría la fecha para convocar á las *asambleas primarias*.

Los dantonistas prodigaron consejos conciliadores.

Lacroix pidió el 11 de Agosto que la Convención decretase no la convocatoria á las asambleas primarias, si no una investigación preparatoria del cuerpo electoral, medida hábil y dilatoria que calma los ánimos sin comprometerse á nada.

El mismo día 11 el comité comenzó á funcionar seriamente. Desde este día cambia su existencia, osando sin temor á los hebertistas poner sus manos en los asuntos relativos á las guerras. Envía á Carnot para el mando supremo del ejército del Norte.

¿Quién infiltró la audacia al comité? El miedo ante la unión de los ejércitos enemigos, la venganza próxima de los emigrados.

El más miedoso de los hombres del comité era Barere y él fué quien tuvo la más clara visión del peligro y fué más sagaz que nadie para evitarlo.

Barere había puesto hasta entonces de relieve una poderosísima imaginación para inventar ejércitos puestos al servicio del país. Simuló una vez una batalla en que los vendeanos murieron en número de cuatrocientos mil. ¡Horrible! Sin embargo, entonces no se consoló ni con sus propias mentiras.

Su miedo hízole comprender que los medios de Danton operarían demasiado tarde y que los propuestos por Robespierre quizás no hicieran efecto alguno.

Danton quería el levantamiento en masa para poner á toda la nación en pie, esfuerzo verdaderamente gigantesco que no se consiguió hasta Noviembre, es decir, cuando ya éramos triunfadores. Robespierre no proponía más que el castigo de los traidores.

Todos los jefes de la Revolución juzgaban la crisis de Francia desde un punto de vista elevado y noble.

Barere, más positivo é iluminado por el sentimiento de conservación, no dudó ante aquella terrible enfermedad en llamar al médico. Y no se fió de cualquiera. Llamó á Carnot y Prieur de la Côte-d'Or.

Quizás Carnot no tuviera ninguna de las condiciones que exigía Barere. Era honrado sobre todo, y no es que no lo fuese Barere. Ni lo fué ni lo dejó de ser.

Carnot, sin vanidad, había desempeñado importantísimas misiones.

Conociásele en la Convención por los decretos sobre fabricación de picas y demolición de plazas inútiles.

Había dirigido los trabajos del campo de Montmartre en el 92, de los cuales burlábanse los militares.

Era muy trabajador. Oficial de ingenieros, había mostrado en Furnes gran resolución y valor empuñando el fusil.

No había en el mundo mejor hombre. Muy joven todavía y casado, era simpático por sus nobles anhelos en pro de la patria.

La doctrina general de Grimoard, Carnot y otros era también la del levantamiento en grandes masas. Estos recursos de carácter general, en la guerra son de difícil aplicación.

Solo Federico el Grande pudo realizarlo en la guerra de los siete años, cuando rodeado como un lobo en un círculo de enemigos llevó aquí y allá rápidamente poderosas masas que combatían en distintos puntos al mismo tiempo.

«¿Qué hacer?—preguntó Barere.—Imitar á Federico el Grande. Tomar el Rhin, fortificar al ejército del Norte y preparar un gran golpe?»

¿Era idéntica la situación que permitiera imitar al memorable monarca? Perseguido por Austria y Francia, no lo era tanto por Rusia, de suerte que podía retardar la defensa contra el ataque de esta para dedicarse á la defensa contra las dos primeras naciones.

Era muy dudoso que se pudiera abandonar momentáneamente las posiciones del Rin en el 92. Los prusianos, libres finalmente del sitio de Mayence, se unieron á los austriacos. Sus armas desbordaron á la vez las líneas inmensamente extensas del francés y amenazaron la frontera. Todo el mundo huyó de la Alsacia. El ejército del Rin estaba en plena retirada. Si no pereció bajo la masa espantosa de alemanes lo debió no á la pericia de sus generales Custine, Beaucharnais y otros, si no á la aptitud de algunos oficiales inferiores, Desaix, Couvion Saint-Cyr, quien siempre en la retaguardia y en aquella constante retirada sufría los golpes rudos y certeros del enemigo.

¿Hubieran podido salvar la masa de este ejército si los prusianos hubiesen secundado seriamente á los austriacos?

¿Por qué Prusia trabaja débil é indiferentemente? Por que esperaba una parte en la división de Polonia.

Todo esto se sabe ahora, pero Carnot entonces no podía saberlo; pero obró como si lo supiera, jugándose la cabeza. Audazmente propuso que el ejército del Rin se compusiera de treinta y cinco mil hombres, precisamente cuando el enemigo fortificaba el ejército aliado, haciéndole ascender á cuarenta mil.

Carnot se portó temerariamente. Peligró su cabeza.

No solamente era la medida peligrosa para el ejército, si no para París mismo, donde el comité libraba una batalla importante: subordinar á Bouchotte, reducir la tiranía de los hebertistas y trocarse en lo que quería Danton: *en gobierno*.

Había en el comité dos dantonistas, Herault y Thuriot, quienes para que el comité se convirtiera en gobierno apoyaron á Barere. Couthon se apoderó de la palabra de Danton, y Saint-Just, que amaba los actos de audacia, por poco simpático que le fuese Carnot aceptó su heroica proposición.

Lo difícil era conducir á Robespierre á desafiar á la prensa hebertista, á tocar el ministerio de la Guerra, á irritar al bilioso *Pere Duchesne*. No se trataba allí ni de partidos ni de opiniones: era una cuestión de dinero. Con solo llamar para que ejercieran vigilancia en el ministerio á Prieur y á Carnot se abría una ventanilla en la misteriosa caja de las filtraciones, de los robos. Robespierre creyó siempre que había de llegar un día en que podría descubrir las mil irregularidades cometidas en el ministerio de la Guerra. Los hebertistas eran aun muy fuertes. En una mañana podían arrojar sobre Robespierre *seiscientos mil* ejemplares en que se le insultaría, como lo hicieron en Octubre contra Danton. Si no hubiesen osado atacarle hubiesen trabajado contra él fuera de la prensa. Esta grande autoridad moral de Robespierre, esta

posición sacerdotal dentro de la revolución formose en cinco años. Era su reputación delicada como la de una mujer que se pierde á la menor insinuación.

Había tambien otros peligros. Carnot no era jacobino, y jamás puso los pies en aquella sociedad. ¿En estas circunstancias los Jacobinos se colocarían junto á Hebert contra el comité?

Robespierre tenía en él una cualidad instintiva, quizás profética: la antipatía al militarismo. Aborrecía la espada. Anunció que las libertades nacionales se perderían por la enfermedad patria: el culto á la espada.

Barere podía colocar ante esta antipatía la figura poco militar de Carnot. Tenía éste el aspecto de un cura bueno y sencillo.

Más tarde los valerosos soldados del águila imperial no volvían de su asombro viendo los bajos azules, la burguesía de calzón corto á la que pertenecía el célebre director de los catorce ejércitos de la República, del *organizador de la victoria* y del que con su valor y su talento supo obtenerla personalmente en Wattignies.

A pesar de todo había un detalle que le hacía antipática la figura de Carnot á Robespierre, y es que había protestado contra el 31 de Mayo. Otros protestaron tambien, pero después se retractaron. Carnot perseveró en su culto por la legalidad. Este culto le hizo cometer una gravísima falta durante el mes Fructidor, por la que hubiera perecido la República, inmolando la justicia por su respeto á la ley.

Carnot forzó la puerta del comité; pero desde aquel momento figuró como principio de hostilidad entre todos. Robespierre jamás se consoló del triunfo de Carnot. Creíalo demasiado indulgente, poco firme. Adivinó y con razón que en sus oficinas empleaba hombres útiles, pero poco republicanos. En distintas ocasiones se le encontró con la mirada fija sobre los mapas trazados por Carnot, triste, derramando lágrimas que acusaban amargamente su propia naturaleza, su incapacidad militar. Carnot no tenía cerca de si más que un empleado llamado Aubigny; dirigía *casi solo* los movimientos de todos los ejércitos.

Sea cual fuere la repugnancia del comité, ante los peligros de nuestras fuerzas envió el día 11 á Carnot con sus poderes al ejército del Norte. El día 14 se le agregó Prieur de la Côte-d'Or.

En la noche del 11 Robespierre fué derecho del comité á los Jacobinos.

Sea que toda oposición contra sus sentimientos le pareciera traicionar á la República, sea que su sombría y enferma imaginación le hiciera ver realmente que sus colegas le traicionaban, sea finalmente que temía á la Prusia y quiso lavarse las manos ante un acto tan declaradamente hostil á los hebertistas, Robespierre lanzó contra sus colegas una diatriba espantosa, y aun en forma inesperada y brusca, al terminar un discurso en el que se esperaba otro final.

Precisamente ocupaba de un modo interino la presidencia el hom-